

# Diario de una emigrante con inquietudes

■ ANA GARRALÓN \*

17 DE ENERO DE 1994

Hace poco tiempo que estoy en la ciudad. Es pequeña, bien comunicada y muy agradable para vivir. Aunque mi alemán es parco y la gente tiene otros intereses que hablar con el primero que se le presenta -¡ay si yo estuviera en un bar o café de mis madriles...!- digamos que me defiendo.

El tiempo mata a cualquiera, con ese cielo siempre encapotado, con lluvia amenazando y, para colmo, cero grados, de manera casi permanente (¡cero grados, ni frío ni calor, que diría uno que yo me sé!). Justo el ambiente que invita a quedarse en casa leyendo. Lástima que se me están acabando los libros que me traje. No sé qué voy a hacer. Paseo por las grandes librerías llenas de libros que toco sin apenas poder entender. A veces compro uno... sólo por el gusto de salir con un libro entre las manos.

¿Qué puedo hacer yo, una extranjera con alguna pretensión en un país al que hace poco he llegado?

24 DE ENERO DE 1994

He descubierto la biblioteca pública. Según me dicen no es nada comparada con la universitaria, pero ésta me parece muy muy in-

teresante. Está en la calle más comercial de la ciudad. Tiene una primera planta con cajetines para guardar la ropa y las bolsas -¡para pasear con libertad!- y en esta planta está la sección de periódicos y revistas. Tienen *El País* y el *ABC*, algunos de otros países y un montón de revistas, la mayoría en alemán, claro, entre las cuales he descubierto *Letra Internacional*. Así que de momento estoy salvada. Y había más, para mi alegría. En la planta de arriba estaba la sección de lenguas extranjeras. Claro, la sección inglesa es grande y luego le sigue la francesa, pero el resto, unos poquitos en español, otros en portugués, italiano, turco y árabe. Me han dicho que renuevan los títulos de las secciones a través de intercambios con otras bibliotecas. Así que, chiquita, pero matona. Para hacerme socia: poca cosa, el papel donde pone en qué calle vivo y 10 marcos (800 pts.) que duran toda la vida.

Me han entregado mi tarjeta plastificada con una banda de números sin foto, sin caducidad y sin más cosas extras.

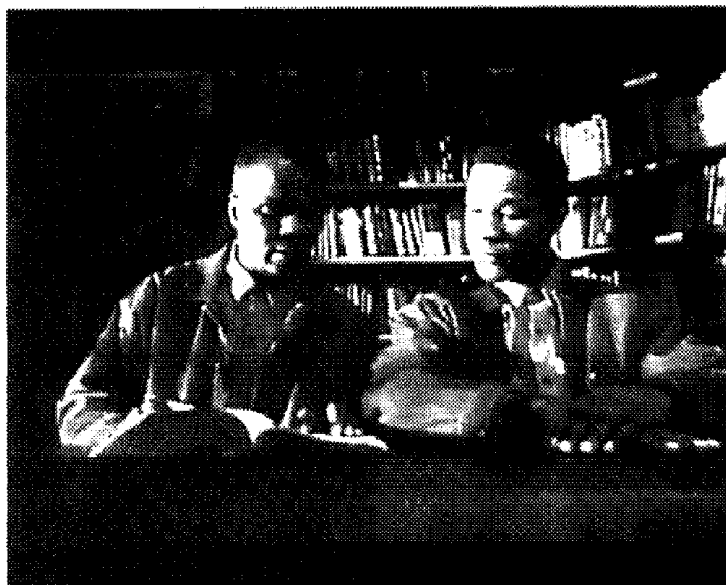
Mientras esperaba a que me hicieran la tarjeta miraba a la gente que se llevaba los libros y casi no pude creer lo que veía: una señora

con más de diez, otro señor con siete, un estudiante con cuatro... ¿qué pasa? pregunté... Entonces me explicaron cómo funciona: no hay límite para sacar (**no hay límite para sacar** me repetí mentalmente) y no sólo eso sino que cuando uno saca libros sigue conservando la tarjeta (**sigue conservando la tarjeta**, volví a pensarlo detenidamente como una torpe que no ha entendido bien). Y entonces pensé: bueno, Ana, tú no es que supieras poco alemán, es que no te enteras de nada. Así que volví a preguntar: "Oiga, ¿quiere decir que yo hoy me llevo cinco o diez libros y mañana paso por la puerta y me llevo otros cinco libros y pasado igual?". "Si eso es lo que quiere hacer, puede hacerlo, desde luego".

Así que dejé de poner cara de tonta porque, efectivamente, era lo que había entendido. Pero ahí no acaba la cosa: para devolverlos no necesito llevar la tarjeta. Los puedo depositar en una especie de buzón que la biblioteca tiene en la puerta -como los de los bancos para los ingresos- donde se "echan" los libros.

Voy a ver qué tal se me da el asunto. Me temo que no estoy demasiado preparada para tanta li-

No podría hablar de "acciones" espectaculares para "integrar" a los extranjeros, sino más bien de un continuo y persistente goteo de cositas pequeñas que van calando en todos los sectores.



**Malcom X**  
Dir: Spike Lee  
Int: Denzel Washington,  
Angela Bassett, Albert Hall,  
Al Freeman, Spike Lee  
EE.UU., 1992

bertad y autocontrol. Hoy he tomado prestados siete. Y no me han dicho nada...

3 DE FEBRERO DE 1994

Con el paso tranquilo del tiempo me voy dando cuenta de que ésta es una ciudad "multicultural" como aquí gustan llamarla.

Según datos que he podido leer, cerca del 25% de la población en Frankfurt son -o somos- extranjeros.

A mí, en poco tiempo, ya no me sorprende que en casi todos los comercios haya gente de otra parte y que en un mismo vagón del metro haya por lo menos -y no exagero- gente de siete nacionalidades distintas. Pero es sencillo integrarse. Uno es aceptado tal cual y, en muchos casos, la gente trata de acercarse a uno.

Creo que no podría hablar de "acciones" espectaculares (al estilo Beuys) para "integrar" a los extranjeros, sino más bien de un continuo y persistente goteo de cosas pequeñas que van calando en todos los sectores.

En muchas ocasiones se invita a los propios extranjeros a lecturas, charlas o actividades culturales. La coordinación entre bibliotecas e instituciones de diferentes ciudades es algo muy interesante. Por ejemplo, hace poco invitaron a unos escritores brasileños a Berlín; pues bien, con el apoyo de bibliotecas de presupuestos más pequeños, los han tenido durante

casi un mes viajando por todo el país en lecturas y encuentros. ¡Eso es lo que se llama ser práctico! Están comunicados y hacen cosas juntos.

También me he dado cuenta de que, a pesar de que se intenta integrar a la gente extranjera, en cualquier pueblecito, ciudad o barrio donde hay un colectivo más o menos importante de extranjeros -como es el caso de un barrio cerca del ya extinto muro de Berlín, donde prácticamente sólo viven turcos- hay bibliotecas con material en su lengua materna. Así que, con mi impertinente curiosidad me pregunto: ¿se podrá encontrar en alguna biblioteca cercana a población árabe libros en árabe? Claro que no me refiero a universidades, pero aquí no se "cortan" a la hora de pedirle a una biblioteca universitaria una "selección" de textos sencillos para el público al que pretenden dirigirse. Y yo, desde la perspectiva de una extranjera, les agradezco a los bibliotecarios el esfuerzo que me permite tomar prestados un par de libros a la semana.

7 DE FEBRERO DE 1994

El tiempo sigue empeorando. ¡Esto no hay quien lo soporte! Anochece a las cinco y las calles tienen una luz tan débil que una siente como si fueran las doce de la noche. Apenas hay gente por la calle, como si fueran las doce de la

noche. Apenas hay gente por la calle. ¡Ay, mis madriles!

El otro día me preguntaba cómo una "guiri" como yo, que apenas conoce el idioma, hace para enterarse de lo que pasa en la ciudad y me dí cuenta de que es muy fácil: la información "sale" de los sitios para intentar llegar a todo el mundo.

El sistema es sencillísimo. Bueno, aparte de las típicas revistas de ocio, en los bares y cafés, en todos, hay siempre un pequeño espacio reservado para propaganda de cualquiera que organice algo: baile, academias, bibliotecas, la casa de la mujer, la casa del hombre...

Yo sólo tengo que ir al café de al lado de casa para saber que el día quince de este mes, en la otra punta de la ciudad, va a haber algo que me interesa.

Por supuesto esto creo que no es viable para Madrid o ciudades de tamaño semejante (a pesar de haberlo visto en la no menos caótica Berlín), pero pienso en la cantidad de bibliotecas y centros culturales esparcidos por pequeñas poblaciones (concretamente pienso -ay, lo que es la nostalgia- en una dinámica biblioteca de un pueblecito cercano a Madrid. ¡Anita! te escribiré un día de estos...)

Y yo mañana seguiré, que ahora estoy hecha un trapillo.

\* Ana Garralón, colaboradora de EDUCACION Y BIBLIOTECA, es especialista en Literatura infantil.